

«EN TORNO DE LA DOCENCIA», por César Bunster.—Imp. Universitaria, 1950



Hace cerca de 20 años—en 1931—se realizó en Budapest el Primer Congreso de Historia Literaria. Tomando como guía las interesantes observaciones de este torneo, el profesor César Bunster reflexiona, precisamente, sobre la enseñanza de la historia literaria en Chile. Y llega en su nutrido estudio a provechosas conclusiones.

Reconoce el autor que hay una «crisis de la enseñanza literaria», manifestada a través de los mediocres resultados del Bachillerato. Procura entonces enfocar las causas de esta crisis y después de hacerlo con pluma elegante y ágil, obtiene los siguientes resultados, tendientes a salvar la crisis actual en la enseñanza literaria: 1.º «Como uno de los medios eficaces para contribuir al mejoramiento de la enseñanza de la historia literaria, la Literatura General Comparada debe ocupar un sitio de primera importancia en el Instituto Pedagógico»; y 2.º «Con idéntico fin, debe ser incorporado el ramo de Literatura General en los planes de estudio de la Educación Secundaria».

Uno de los puntos más débiles de nuestro Liceo es, según el profesor Bunster, la enseñanza del idioma patrio en el 2.º ciclo. Teóricamente, el alumno de primer ciclo debe obtener el manejo del lenguaje hablado y escrito mediante el aprendizaje práctico. En los tres últimos años de Humanidades, debe completar este manejo del lenguaje con el estudio científico de la estructura del idioma y la investigación en torno a su formación y desarrollo.

Esto no se cumple ni remotamente en la práctica.

¿A qué obedece esta deficiencia?

En primer lugar, a la magra formación del profesorado respectivo. El profesor es superficial y simple cuando aborda los

temas literarios o crítica a los escritores. No tiene profundidad. Ni opinión propia. Ni sensibilidad. Incluye aquí con mucho acierto el autor, las palabras de Menéndez Pelayo, que pueden ser aplicadas ampliamente al caso de Chile. Decía don Marcelino: «Duele decirlo, pero es forzoso: la historia de la literatura, tal como entre nosotros suele enseñarse, reducida a una árida nomenclatura de autores que no se conocen, de obras que no se han leído, ni enseña, ni deleita, ni puede servir para nada». Y agregaba el ilustre maestro: «Hay que sustituirla con una lectura continua de los textos clásicos y con el trabajo analítico sobre cada uno de ellos».

En Chile, el profesor, tanto el de Castellano como el de Historia, se ciñen con una docilidad abismante al sentido cronológico que se ha dado a las materias y prescindan totalmente de establecer relaciones entre épocas, autores y materias. El maestro parece ignorar que las divisiones arbitrarias que se han hecho, pueden y deben destruirse para mostrar al alumno relaciones e interdependencias. En el caso específico del ramo de Literatura, debe el profesor conectar un escritor con sus antecesores y con su época, tanto dentro como fuera de su país.

Pero—¡en fin!—no es sólo el profesor quien ha de cargar con la responsabilidad en las deficiencias anotadas. Hay variadas causas, ajenas al factor subjetivo, que ejercen su negativa influencia en el hecho esbozado. El señor Bunster las enumera ciertamente: «planes de estudio defectuosos, programas recargados, miseria de bibliotecas escolares y—lo que es fundamental—deficiencia suma en la formación del profesorado».

Se alude aquí, directamente, al Instituto Pedagógico.

Aunque la preparación que en la Universidad se da al futuro profesor de Castellano es sólida, adolece ella de excesiva especialización. «Queremos decir—afirma don César Bunster—que cada catedrático de una literatura particular, suele descuidar las concomitancias existentes entre ella y las literaturas

extranjeras que le han servido de antecedente o que han determinado importantes hechos literarios».

Además, la cultura literaria que recibe un profesor, es débil. De ello derivan fallas notorias. Entre otras, la que ya se ha mencionado: no hay amplitud ni síntesis, porque no hay una base cultural sólida, sobre la cual se mueva el maestro.

El señor Bunster propicia, como solución, dar a la cátedra de Literatura General Comparada el rango que merece en el Instituto Pedagógico e incorporar, en el Liceo, el ramo de Literatura General.

El segundo ensayo del libro que comentamos, tiene íntimas relaciones con el ensayo anterior. Se titula: «Enseñanza del Idioma Patrio en el Liceo». Esta enseñanza es pobre, pobrísima en resultados hoy día. «Han contribuído a ello, especialmente, el rumbo equivocado y los rutinarios procedimientos». Seguimos aún el tipo de clase tradicional, en el cual el profesor recita durante tres cuartos de hora una materia árida, mientras el niño dormita sobre su pupitre.

Es necesario sacudir esta rutina.

«Se ha dicho—escribe el profesor Bunster—que el niño es, por excelencia, activo. Hagámoslo actuar entonces, en torno a temas que despierten su interés». Se descuidan también la ortografía y la exposición oral, a cargo del alumno. ¿Y qué decir de la exposición escrita? «Subsiste en esta clase de ejercicios la proposición de temas por el maestro, el tema obligatorio para todos; predomina, en suma, el trabajo impuesto, resabio de la antigua escuela». Y agrega el señor Bunster: «El interés propio es el móvil de toda creación. Debemos educar a los niños, a escribir sobre la vida real que les rodea; a que ellos mismos cojan lo que les interesa».

Incluye aquí el señor Bunster—como guía de sus palabras—la opinión de los profesores alemanes Jensen y Lamzus. Estos maestros observan que el niño, como el poeta, sólo trabaja bajo la presión del sentimiento y del interés. «Sin necesidad

interior no hablan sino el tonto, el charlatán y... el niño que recita la lección». Cuando el niño discute en sus juegos o narra algún accidente callejero, es todo vida y animación. Por eso, aconsejan los profesores alemanes, «eduquemos a los niños a escribir sobre la vida real que les conmueve, a que ellos mismos vean lo que les interesa, que observen los detalles y nos presenten los resultados de su investigación». Pero... aquí asaltó una duda a los profesores Jensen y Lamzus: ¿cómo llegar a estos resultados? ¿cómo pueden los niños aprender a manifestar por escrito lo que les ha conmovido? El camino lo dan también los maestros de Hamburgo, cuando dicen: «La única preparación natural de la composición escrita es la narración oral». Hacer hablar al niño: he aquí la solución. Que cuente con su lenguaje propio—espontáneo, vivo, deshilvanado—cualquier hecho que le interese.

El tercer trabajo que figura en la obra «En torno de la docencia», rebasa los moldes de la especialización y enfoca problemas pedagógicos de carácter general. En este ensayo—titulado «El Liceo y los padres de familia»—el profesor Bunster se refiere, especialmente, a las críticas enconadas que se han lanzado desde hace algún tiempo contra el Liceo. Críticas injustas, muchas veces.

A los que con rotundez y ligereza han dicho: «El edificio del Liceo está ruinoso y huele a podrido. El Liceo ha descuidado la formación de la personalidad, porque enseña, pero no educa», a éstos, el señor Bunster contesta: «No. Nuestro Liceo no ha fracasado; muy por el contrario, el Liceo ha obtenido, hasta ahora, resultados superiores a los que su fisonomía actual le permiten».

Y analiza con inteligencia los motivos de su defensa.

«Gracias al Liceo—dice—la clase media y el pueblo mismo han adquirido conciencia de sus derechos».

Paso seguro es el del señor Bunster cuando analiza los hechos. Reconoce con honradez, que ciertas críticas son justas...

Pero... hay algunas—muchas—mal fundamentadas y peor intencionadas.

Ejemplos: el Liceo es insuficiente para educar en buena forma a la frondosa población que acude a sus aulas. ¿Puede el maestro—ese maestro que según las críticas «enseña, pero no educa»—educar efectivamente a cursos con 40, 45 ó 50 educandos?

Por eso—afirma el señor Bunster—el Liceo educa sólo en la medida de sus fuerzas. Quien enseña, educa también. Ambas faenas son inseparables. «¿O se cree—pregunta el autor—que la educación moral y cívica sólo se suministra en la asignatura que en el plan de estudios figura con este nombre?».

Otro hecho: la metodología preconizada por la escuela nueva, predomina hoy día en las labores del maestro. «Se procura trabajar a base del interés de los educandos. Se abomina, en lo posible, del detalle inútil».

Un hecho que conviene destacar es que el Liceo realiza actualmente su labor, huérfano de toda ayuda. El Estado le proporciona una ayuda ínfima y el hogar se desentiende totalmente de su labor educativa. Con indiferencia e ignorancia sumas, los padres de familia ven en el Liceo una especie de fábrica, cuya obligada misión consiste en depurar, pulir y embellecer la materia prima que ellos le entregan. El hogar no coopera a la acción del Liceo. Agréguese a esto, la crisis actual del hogar, en donde los vínculos familiares se han relajado y en donde—por lo mismo—los adolescentes disfrutan de una libertad excesiva y peligrosa.

¿Qué puede hacer el Liceo frente a este hecho?

He aquí las conclusiones a que llega el profesor Bunster en su libro. Aunque desconsoladoras, sirven, sin embargo, para que pensemos nuevamente en los problemas que atañen directamente a la formación de la adolescencia. Y a pesar de la hostilidad, de la indiferencia o de la incomprensión hacia el Liceo, sus palabras—bien escritas, bien meditadas—llevan también

entonaciones optimistas a los hombres que hoy día tienen en sus manos la faena educativa.

Vale la pena leer estas páginas diáfanas, porque en ellas late presente una visión, una dedicación y—lo que es más—un amor auténtico.—MARIO CÉSPEDES.



OTRAS POESÍAS ÁRABES. *Traducción de Benedicto Chuaqui*

Siempre que Benedicto Chuaqui publica algún libro yo me quedo pensando en la bella trayectoria de esfuerzo y de perseverancia en todos los aspectos de su vida. Pienso en aquel chiquillo que en su tierra de Homs, gastaba las escasas monedas que solía conseguir, para emplearlas en comprar alguno de esos folletos en que se hablaba de heroicas hazañas o de hechos en que acaso el amor también entraba a figurar en ellas como para iluminarlas con su idealidad. Después Benedicto Chuaqui atravesó los mares y vino desde su remota tierra a nacer a una nueva existencia completamente distinta de la que hasta entonces viviera. Trabajó en los más humildes oficios, pero llevaba en su mente el pájaro azul de la inquietud que no le abandonó jamás. El ha contado sabrosas incidencias que le ocurrieron en los años en que todavía era un muchachito de 13 ó 14 años y trabajaba heroicamente para ganarse el pan de cada día, sin más ayuda que la que pudiera prestarle su propio esfuerzo y denuedo. Hay en la vida de Chuaqui una página que me parece sencillamente conmovedora por la elocuencia de su significado. Valiéndose de su precario conocimiento del español y con la ayuda de diccionarios y preguntando afanosamente el significado de alguna expresión que no alcanzaba a comprender en todos sus matices, logró traducir una novela escrita en árabe. Fué una lucha difícil y heroica. En los momentos que le quedaban libres en su tiendecita de la calle San Pablo o de la Avenida Matucana,